



XIII

A media jornada detrás de Lagardère caminaban los familiares de Gonzaga. Les hubiera bastado aguijonear unas horas á sus caballos para alcanzarle; pero no tenían malditas las ganas de ello y preferían marchar á su paso, recordando su última aventura y comentándola. Mientras hablaban de las brujas lo hacían alegre y festivamente; pero tornábanse melancólicos al pensar en el caballero, de quien no creían poder apoderarse nunca, ni ellos ni Gonzaga, pues le habían visto arrollar todos los obstáculos y salir airoso de todas las emboscadas.

—Si fuera solo, podría creerse que tenía pacto con el Diablo, que le hubiera concedido el don de hacerse invisible cuando le conviniera--decía Montaubert con tono melancólico.—Pero van

con él Cocardasse y Passepoil. Y lo que es Cocardasse no cambia de piel sin que se percate uno...

Tarranne añadió:

—Lo que no obsta para que después de haberle puesto en el patíbulo con la sogá al cuello, ande por ahí tan campante, burlándose de todos nosotros. ¡Es un trío, señores, que va á darnos mucho que hacer!

—No es un trío, sino un cuarteto—interrumpió Oriol.

—Sí, contando con Chaverny.

—No es Chaverny quien estuvo á pique de descalabrarme de una pedrada de un hondazo—rectificó el gordo llevándose la mano á la parte dolorida.

—¿Estás seguro?

—Como de mí mismo. Lagardère tiene un nuevo guardia de corps que vale tanto como los otros. De su joroba postiza han nacido valientes. ¡No vayamos tan deprisa! Si van delante y se vuelven al vernos cerca, nos harían volver á Madrid á un paso que no podría soportar con mi muslo lastimado.

—¡Cállate!—le interrumpió Nocé.—¡No tenemos necesidad de oír tus graznidos, ave de mal agüero! No es tan brillante nuestro papel para que se pueda ensombrecer impunemente.

—Tienes razón Nocé—replicó Montaubert.—¿Qué haremos mañana, señores?

Los *enrodados* bajaron la cabeza.

—Lo que disponga Gonzaga—murmuró Tarranne;—y no temáis que siguiéndole nos lleve á reunirnos con gente honrada y noble.

—Eso te lo apuntó Chaverny el otro día—dijo Nocé.—Pero los loros repiten á veces buenas cosas.

Montaubert, que parecía ensimismado, repitió maquinalmente su pregunta.

—¿Qué haremos mañana?

—Nos batiremos por Alberoni contra Francia—repuso Oriol.—¿No es eso lo que nos enseñaron nuestros antepasados?

Todos soltaron la carcajada.

—Los nuestros, no; los tuyos—rectificó Tarranne.—Los tuyos remendaban las calzas de los nuestros al regresar de las Cruzadas.

El gordo pareció contraído, y con repentina inspiración replicó ingeniosamente:

—Lo que prueba que ellos se elevaron y vosotros descendisteis, porque al presente estamos al mismo nivel.

Nadie protestó, reconociendo la verdad del exabrupto. Siguió una larga pausa. Si nunca es grato á los nobles reconocer el decaimiento de su casa, menos lo es el convencimiento de que la

deshonran. Sólo el Barón había permanecido silencioso hasta entonces: á aquel alemán nada escrupuloso le importaba poco que pagaran su brazo con escudos de Francia ó con doblones de España.

El entusiasmo de los *enrodados* por Gonzaga se había extinguido hacía tiempo. Si se les presentara una buena ocasión de romper con él para siempre, es lo más probable que la banda se redujese á Peyrolles y al barón de Batz. El teutón, que no se curaba de discutir sobre el honor, había adelantado unos veinte pasos á sus compañeros. La conversación prosiguió.

—¿Queréis un buen consejo? — preguntó Oriol.

—Habla—respondió Taranne:—estás en vena esta noche, y podemos escucharte, porque es la primera vez en tu vida que hablas razonablemente.

—Gonzaga nos envía á perseguir á Lagardère hacia la frontera.

—¡Calle! ¿Es eso todo lo que tenías que decir?

—Aguarda. La frontera es larga, y no nos indicó que debiéramos ir hacia el Este en vez de hacia el Oeste.

—Sí; pero nos ordenó que nos reuniéramos con él en Fuenterrabía.

—Cierto, pero en el supuesto de que persiguiendo al caballero no tuviéramos que desviarnos en una dirección contraria. Bueno: ¿pues no podríamos probar que habíamos seguido una pista falsa? ¿Comprendéis?

Montaubert frunció las cejas y reflexionó.

—Y eso nos dispensaría de batirnos contra Francia—murmuró.—¿Es eso lo que quieres decir, Oriol?

—¿Por qué me lo preguntas, si lo piensas como yo? ¿Que opináis vosotros?

—Que esta noche tienes pico de oro—exclamó Nocé.—¡Nos han cambiado á nuestro Oriol!

—¡Bah!--replicó éste picado.--¡Es que velando por la dignidad de algunos gentiles hombres amigos suyos, evita tener que remendar luego sus calzas!

—No derroches tanto el ingenio, porque no hay para tanto. Te forjas ilusiones acerca de su valor, muchacho. Así, pues, sin esforzarte, lisa y llanamente, expónnos tu plan.

—Es muy sencillo: acercaos para que no oiga de Batz.

El alemán, siempre en la vanguardia, silbaba una canción.

Los *enrodados*, que nunca contaron con la inteligencia ni con el valor de Oriol, abrían los ojos asombrados. El descendiente de villanos había

hallado un expediente feliz para que no combatieran á Francia, sin necesidad de romper por eso con Gonzaga.

—¡Dame la mano!—exclamó Nocé.—¡Gracias á tí, si hemos cometido algunas bajezas, no cometeremos esta última!

Llegaron á Tafalla y se metieron en una posada.

—Comamos y durmamos un par de horas—dijo á Montaubert.—Aprovechemos este descanso, pues ¿quién sabe si podremos reposar en muchas horas?

Llevaron á la cuadra los caballos, comieron un poco, y se tendieron como pudieron en una sala alta, con excepción de Montaubert, que quiso quedarse en la baja. Un cuarto de hora después el Barón roncaba como un órgano de Colonia; era el único: los demás simulaban dormir. Pasada una hora, un puñetazo formidable conmovió la puerta. Nocé fué á abrir.

—¡En piel!—exclamó Montaubert apareciendo en el umbral.

—¿Que hay?—preguntó levantándose el Barón al mismo tiempo que los demás y entre dos bostezos.—Soñaba que estábamos aún con las españolitas desnudas...

—¡Sí, de mujeres se trata! ¡Acabo de hablar con Lagardère!

—¡Lagardère!

—El mismo. Iba con tres más. Llamó sin desmontar á la ventana de abajo, la abrí, no pareció sorprenderse de verme, y exclamó:—Sabía que estabais aquí; pero como al que quiero matar es al infame Gonzaga (son sus propias palabras), podéis decirle que si quiere hablarme, me hallará dentro de cuarenta y ocho horas en Jaca.

—¡Pero es el Diablo en persona!

—Así me dijo, y nuestro deber no admite discusión. Tenemos que perseguirle á todo trance para obligarle á pasar la frontera. Tal es la voluntad del Príncipe nuestro señor. Pero necesitamos enterarle de dónde estamos. ¿Quién sabe hasta dónde nos arrastrará ese maldito?

—Yo iré á Pamplona y á Fuenterrabía para prevenirle—se apresuró á decir Oriol.

—No; tú no—replicó Montaubert.—Estás herido, y podrías hallar en el camino peligros insuperables para tus fuerzas y tus alientos.

El gordo insistió; pero Montaubert, dando una patada en el suelo, dijo con imperio:

—¡Basta! ¡He dicho que no! El que vaya debe ser un hombre de valor probado, inteligente y buena espada: Batz, por ejemplo. Si no se diera conocimiento al Príncipe de lo que ocurre, desmereceríamos mucho en su estimación, y hasta quizás la perderíamos para siempre.

El alemán, muy ufano con su valor, al sentirse elogiado por Montaubert se hinchó como un pavo. Era el medio de llevarle á cualquier parte elogiár su discusión, su fuerza y su bravura. Así, pues, se apresuró á aceptar satisfechísimo.

— Está bien; confiad en mí: yo enteraré al Príncipe.

— Cuéntale lo sucedido y la dirección que tomamos. ¡Quién sabe cuándo nos veremos otra vez, si es que nos vemos! ¡En fin, nosotros á caballo, y hacia Jaca! ¡Muera Lagardère!

Se estrecharon la mano, pagaron á la mesonera, y se dirigieron á galope hacia Aragón, mientras de Batz, muy orgulloso por la confianza con que le honraban sus compañeros, proseguía en dirección de Pamplona. La comedia de Oriol había tenido el mejor éxito. Seguramente no haría mucha gracia á Felipe de Mantua no tenerlos á su lado en las filas españolas; pero la excusa era buena, y no podía guardarles rencor.

Mientras ellos llegaban á Jaca llegaba Lagardère á las avanzadas del ejército francés acampadas al sur de Bayona. Dirigióse hacia el cuartel de la caballería ligera, á la cual había pertenecido, y cuyo mando tenía el príncipe de Conti. Berwick era general en jefe.

El centinela cerró el paso á aquel grupo, que

no tenía de militar más que las espadas de tres de los que lo formaban.

— ¿Quién manda aquí?—preguntó el caballero?

— El señor mariscal (1) de Berwick.

— Hacedme conducir á su presencia. Necesito hablarle.

— ¿Tenéis el santo y seña?

— No.

— Pues, entonces, ¡atrás! ¡La consigna es terminante!

— ¿Atrás? ¡No, amigo mío! ¡Adelante!—Y picando espuelas á su caballo, internóse en el real, dirigiéndose hacia la tienda más elevada, que, indudablemente, era la del capitán general.

Pero inmediatamente el centinela disparó su mosquete, y todo el campamento púsose en conmoción. Varios oficiales precipitáronse, espada en mano, contra los intrusos para detenerlos, y en breve fueron rodeados por una multitud que los encerraba en estrecho círculo impidiéndoles avanzar y retroceder.

Lagardère saludó con la espada.

— Dignaos conducirme, señores, ante el señor Duque—dijo.

(1) Ya se sabe que *mariscal* es en Francia un grado equivalente al de nuestro capitán general.

—Está en Consejo, y no puede recibiros á esta hora.

—¡Pardiez! ¡Yo seré también del Consejo; pero he de verle!

El disparo del centinela había hecho acudir al mismo Capitán general, con el príncipe de Conti y todos los coroneles. Frunció el ceño al ver avanzar á aquellos cuatro hombres, de los cuales tres iban extrañamente equipados. El caballero echó pie á tierra, entregó á Cocardasse la brida de su corcel, y sombrero en mano salió al encuentro del General en jefe.

—Señor *mariscal*, le ruego que se sirva dispensarme por haber infringido sus órdenes para venir á ofrecerle mi espada y el conocimiento que tengo del país español. Somos cuatro que creo podremos servirlos.

Estaba cubierto de polvo, y aunque en actitud reverente y respetuosa, sus facciones varoniles y su actitud altiva y digna impusieron á todos.

—¿Quién sois?—preguntó el Duque severamente.

—El caballero Enrique de Lagardère, antiguo soldado de caballería ligera, y siempre pronto á combatir por el Rey y por Francia.

Prodújose un rumor entre los oficiales, y su nombre circuló de boca en boca. Ninguno ignoraba las hazañas del caballero. El príncipe de

Conti en persona se adelantó á cogerle de la mano para presentarlo al Mariscal.

El de Berwick tenía entonces cuarenta y nueve años. Aunque nacido en Inglaterra é hijo natural del duque de York, después Jaime II, era leal y franco, y nadie como él era capaz de conocer y juzgar á un hombre á primera vista. Como bravo, sabía apreciar la bravura doquiera que se hallase. Bien lo demostró en el sitio de Filisburgo en 1734, adelantándose á los suyos tan imprudentemente, que fué muerto por una bala de cañón.

Por un instante contempló al caballero, á quien conocía de fama, y de quien algo le había hablado el mismo Regente.

—¿Queréis un regimiento, caballero?—le preguntó.

Todos los coroneles hallábanse allí dispuestos á cederle el suyo y sin mostrar hacia él la menor hostilidad.

—Gracias, señor Duque—respondió simplemente Lagardère.

—¿Una compañía, entonces? ¿Queréis servir como capitán á las órdenes de M. de Riom? Será el coronel más favorecido de todos. Pero ese grado está muy por bajo de vuestros méritos, de los que ya me ha hablado Su Alteza el Regente.

El conde de Riom, avanzó apresuradamente: tenía ansiedad por incorporarse á su regimiento un capitán de tal temple. El mismo capitán de guardias en el Luxemburgo acababa de recibir el nombramiento de coronel sin solicitarlo, y que le impusieron enviándole á formar parte del ejército invasor de España, para apartarle del lecho de agonía de la duquesa de Berry, hija del Regente y amiga del Conde. Así se deshacían entonces de un importuno por medio de un ascenso. Una desgracia solía realzar, en vez de rebajar, al que incurría en ella. Aunque declarándose lisonjeado por ello, Lagardère rehusó terminantemente tal honra. El Mariscal se impacientaba.

—¡Eh! ¡Voto á bríos! ¿Qué diantre queréis, si os parece poco una compañía y un regimiento?

—Tengo ya un regimiento.

Todos se miraron sorprendidos.

—¿Un regimiento?— preguntó Conti.— ¿De cuántos hombres?

—De tres, monseñor. Ahí está.

Y señaló con el dedo á los dos diestros y al vasco. Cocardasse se hinchaba, amenazando hacer estallar su coleteo, ya bastante raído; y tal era su orgullo, que acaso hubiera rechazado en aquel instante el título de primo dado por el rey de Francia.

—¡No vengáis con chirigotas, caballero!—dijo severamente Berwick.

—¡Dios me libre! Sólo pido que se me otorgue libertad de acción para operar con mis tres hombres como me plazca, sin dar cuenta de mis actos á otro que á vos, monseñor, y obedecer sólo vuestras órdenes.

—Hacéis mal—repuso Conti, algo resentido por lo que suponía presunción del caballero.—No hubierais hallado en el real más que amigos.

—¿Quiere decir, monseñor, que porque quiero operar aisladamente tengo que renunciar á vuestra estimación?

—No he dicho eso; pero me parece exagerado que queráis hacer con tres hombres lo que cualquiera de estos señores con un regimiento entero.

—Os engañáis, monseñor. Líbreme Dios de poner en duda la habilidad, prudencia y valor de nadie. Si reclamo mi independencia, es por causas y motivos personales, que todos conoceréis más adelante. Y hasta me lisonjeo creyendo que ninguno desaprobaréis mi conducta.

El Mariscal había escuchado sin decir palabra.

--M. de Lagardère tiene razón. Tenéis que resignaros, caballeros, á no poseerle ni uno ni

otro, lo que me permitirá guardarle para mí. Hay situaciones particulares que todos deben respetar, y ante las cuales yo me inclino el primero—dijo para terminar el incidente. Y tras breve pausa añadió festivamente:—Vamos á proseguir nuestro Consejo, en el cual contaremos con un coronel más, si no de derecho, de hecho. Pero ¿cómo va á llamarse vuestro regimiento?

—Os confieso, señor mariscal, que no he pensado en ello—repuso el caballero en el mismo tono que Berwick.—Pero ¿qué importa el nombre? Bautizado ó no, se le hallará siempre donde haga falta, pues mucho sospecho que con la mayor frecuencia marchará á la cabeza de todos.

—¿Y nosotros?—exclamaron á la vez todos los coroneles.—Sois demasiado exigente, señor de Lagardère, y no os cederemos tan fácilmente el puesto de honor.

—No faltarán honra y golpes para cada uno—replicó el caballero.—Tranquilizaos, señores, que no pienso arrebatáros vuestra parte.

Todo esto decíase en tono festivo y sin animadversión alguna contra el recién llegado, que parecía querer monopolizar la gloria de todos los demás.

El mariscal de Berwick reía francamente. Sospechaba que aquel hombre con las tres espadas

de que en junto disponía haría acaso más que todos los otros juntos.

—¡Vaya!—dijo ofreciendo su mano al caballero.—¡Quiero ser yo el padrino! ¡Señores, desde mañana veremos todos operar al *Real-Lagardère*! ¡Y ahora al Consejo!

